

## RAMÓN J. SENDER, REVIVIDO TODO ÉL

VIVED MAIRAL, Jesús, *Ramón J. Sender. Biografía*, Madrid, Páginas de Espuma («Voces», 14), con la colaboración del Instituto de Estudios Altoaragoneses y el Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno de Aragón, 2002, 709 páginas.

Francisco CARRASQUER

Ya tenemos a Sender, entero y verdadero, en la vitrina, pero no como la muñeca del doctor Velasco sino en un libro que es todo un desfile de la vida del chalamerano, compuesto por un buen amigo de rica sindéresis, ni hagiógrafo ni criticón (con perdón del maestro Gracián).

Como primera providencia, podríamos preguntarnos por qué Jesús Vived Mairal es el autor de la *Biografía* de Sender, y no otro cualquiera de entre los muchos estudiosos del aragonés universal autor de *Crónica del alba*. Porque era el indicado, digo yo. Y la prueba es que a todos los que hemos conocido a Vived, no solo nos parecía bien que se dedicara a biografiar a nuestro objeto de estudio y admiración, sino que ni se nos ocurría pensar en que pudiese hacerlo otro. Y, al ver el resultado, nos felicitamos de que se haya cumplido con creces lo que tanto esperábamos. Ha tenido suerte Sender de haberle tocado semejante biógrafo, que, además, estoy seguro de que era el preferido del mismo biografiado. Por algo ha sido Vived el único senderiano que ha tenido el honor de que Sender le dedicara una novela —y, como por casualidad, una de las mejores de su repertorio.

Ha sido un acierto, a mi modo de ver, porque Vived está como nadie en condiciones de hacer la parte de lo numinoso, místico y querencialmente religioso de Sender. A lo que también coadyuva el prologuista de esta biografía, el profesor Ángel Alcalá, sabio hasta la erudición en estos temas tan concienzudamente por él trabajados a propósito de Miguel Servet, de quien es don Ángel el mejor conocedor de nuestro tiempo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Cf. Ángel ALCALÁ, «El fondo filosófico-religioso de la obra madura de Sender», en José Domingo DUEÑAS LORENTE (ed.), *Sender y su tiempo, crónica de un siglo: actas del II Congreso sobre Ramón J. Sender (Huesca, 27-31 de marzo de 2001)*, Huesca, IEA, 2001, pp. 165-193.

Es de suponer que lo que más le atrajo a Sender del joven Vived, una vez lo hubo conocido, sería esa mezcla de bondad inteligente y de religiosidad paladina y abierta que no pone vallas si no es para abatirlas y dar paso llano sobre una acequia, una zanja o una trinchera infranqueable. Y esto lo sublima en la música como excelente organista que es.

#### BIOGRAFÍA POR DENTRO Y POR FUERA, INTROSPECTIVA Y TRASCENDENTE

Eso es lo bueno que tiene esta biografía: que no se limita a dar cuenta de los pasos del existir senderiano sino que aborda, además, el papel que desempeña el biografiado en la historia que le toca vivir y en su producción literaria año tras año, marcando influencias históricas sufridas y trasuntadas en sus libros, así como las evoluciones e involuciones de su quehacer literario, jamás influenciabile por escuelas ni modas.

Pero lo primero que hace Vived es poner definitivamente en claro cuándo y dónde nace Sender, cuyos datos se han dado tan frecuentemente erróneos. Es difícil explicar por qué han sido esos errores de lugar y fecha de nacimiento tan contumaces, aunque aún me parece más difícil, si no ya imposible, explicarse esa tan generalizada mala acentuación del apellido: *Sénder* en vez de *Sender*, cuando en español tenemos miles de verbos de la segunda conjugación que acaban en *-er* con vocal tónica, aparte de los muchísimos apellidos así también terminados (Meler, Ferrer, Soler, Serer, Carrasquer, etc.).

Y luego nos describe los desplazamientos de niño a su paso por Chalamera y Alcolea de Cinca, por Tauste y Reus, por Zaragoza y Alcañiz, Madrid y Huesca, con sus comienzos de escritor, quehacer este que contrae como una iniciación a una misión o culto (¿misionero, sacerdote?) que no abandonará en toda su vida.

A lo largo de esta historia del ciudadano Ramón José Sender Garcés, vamos reafirmandonos en la idea de su empeño esencial de trascendencia por dos vías complementarias: asumiendo el papel de sujeto de historia, porque no se zafa a ninguna corriente social bienintencionada a favorecer la mejor convivencia posible y, al mismo tiempo, no descuidar ni por un momento su promesa iniciática de que se ha de dar a su pueblo en su creación literaria, cuanto más sustanciosa, clara y rica mejor. Y digo «a su pueblo», y no para la galería de escritores cotizables ni para el cotarro de intelectuales del café Gijón, porque escribía lo más directa y rectamente posible siempre con intención de hacer pensar sin emplear a ese efecto el lenguaje filosófico llamado «técnico» y tratando de temas o asuntos de interés general, cuando no de problemas y conflictos sociales de actualidad. No obstante, este empeño que parece dejar de lado lo bello en la literatura se combina siempre en Sender con el sagrado deber, tan hondamente sentido y empecinadamente perseguido, de poner por encima de todo arte en su obra literaria o que su literatura sea siempre obra de arte. Perseguir este objetivo pasa por encima de todo. Los ejemplos para mí más claros de que este objetivo pasa por encima de cualquier otra consideración o con-

dicionamiento histórico o civil son obras como *El rey y la reina*, *La esfera*, *El lugar de un hombre* o *Réquiem por un campesino español*, en pleno desgarramiento personal y frustración histórica, nada propicios para sumirse en tan emblemáticas como abstractas ficciones o en desandar tragedias y rehacer equívocos de mala memoria colectiva.

No deja de ser seductora esta doble facies del escritor Sender. Mas, al mismo tiempo, no le ha favorecido de cara a la galería, primero porque no todo el mundo ha sabido ver esas dos tendencias que, para más inri, parecen contradictorias fiándose de las apariencias un tanto rudas y a simple vista nada sofisticadas, sino más bien primitivas, del estilo senderiano. Y es de lo más lamentable que por no ver más que una cara se le haya reprochado a Sender un feroz elitismo o un primitivismo descomprometido si solo se le ha visto la otra cara. ¿Los peligros de ser Jano?

Vived transcribe en la página 81 de su *Biografía* un poema de Sender, titulado «Paz», que le publicó el patrón de la farmacia en que trabajaba de mancebo en su curiosa revista *Béjar en Madrid*. Dice el biógrafo que es este poema lo primero que publica Sender con la firma que será ya la de siempre: «Ramón J. Sender». El poema se publica una semana justa después de haberse firmado el armisticio de la primera guerra mundial (11 de noviembre de 1918). O sea, que está en el ambiente la imagen de la paloma de la paz, paloma de la que espera Sender «que hará lluvia de flores la tempestad de balas». Bello acierto poético para un adolescente. Pero, como ocurrió a toda nuestra generación, este declarado pacifismo sufrirá el chantaje del 36, al hacer la guerra so pretexto de un «anti» contrarrevolucionario.

He aquí, pues, otra vez el Jano que será siempre, como representante típico de las juventudes de la primera mitad del siglo xx: empapadas las alas de idealismo, que, por lo mismo, pesan demasiado para volar solas contra la corriente de la acción histórica preparada por el Poder. Lo que viene a corroborar aquello del título de un libro mío titulado *Ramón J. Sender, el escritor del siglo xx*.

Pero, ya que me sale al paso el tema, querría aprovechar para ajustarlo más a lo que ahora pienso. Con eso de «el escritor del siglo xx», quiero decir que Sender no puede pasar como arquetipo de los escritores de la vigésima centuria, ni como estilista modelo de su generación, sino como intelectual en el sentido que le daba Aranguren al término: hombre o mujer de cultura con dedicación a las ciencias o a las artes, pero mayormente a las letras, y que ejerce una crítica libre de la vida sociopolítica de su país. Es el famoso «tábano» del Poder. El intelectual en este sentido, si es un escritor, ejerce esa crítica en forma de artículos en la prensa, conferencias, entrevistas difundidas por los medios de información, y en sus obras de creación, ya sean ensayos, cuentos, novelas, teatro y hasta poesía. Pues a esto mismo responde exactamente el intelectual Sender.

En cambio, como escritor, como estilista, ya lo dice él mismo: «Yo soy un estilista de estructuras, no de palabras. Las mejores palabras son las que menos interfieren entre mi naturaleza y la del lector. Odio la retórica. Solo he podido admirar la de Valle-Inclán porque era vitalísima y podía formar un todo homogéneo

con los esperpentos y con las formas de expresión más desnudas. [...] En todo caso es ridículo, el estilo por el estilo».<sup>2</sup>

Pues bien, Buffon fue quien dijo que «Le style, c'est l'homme». O sea, que el estilo no admite ser de confección, sino a medida de cada uno. Y, en el caso de Sender, si no quiso tener ninguno fue porque los estilos que se «estilaban» en su tiempo parecían de *prêt-à-porter* (salvo el de Valle-Inclán, según acaba de confesarnos el mismo don Ramón —sin María—). Y si yo rompí una lanza por el realismo mágico de nuestro autor fue porque cundía en la crítica española la tendencia a tildarlo de «realista». Y para mí decir realista es no decir nada, porque de la realidad se nutre todo artista pero, si realidad solo hay una, la visión de la misma en un artista es indefectiblemente diferente y única. Luego hay que añadirle algo al término común *realismo*, y yo lo adjetivé de *mágico*. Como también podría llamarse «numinoso» y, aún mejor, «trascendental».

Lo mejor de la biografía de Vived es que no le cierra nada a Sender, porque igual se las tiene con sus «veleidades» (?) libertarias como con sus fobias de anticomunista y de antiunamuniano, así como igual deja entrar en su glosa la problemática del escritor como «hombre de fe» y su dialéctica, que le reduce a la duda sin método. Pero, ¿por qué rabo se coge eso de «creo en Dios porque no existe»? Es mucho más fuerte que la frase de Tertuliano: «Credo, quia absurdum». En cambio, es esa una frase que viene a cohonestar al místico Servet, en cuanto divinizador de lo humano vía Jesucristo, con el panteísta Spinoza, también divinizador de la humanidad vía natura; porque en la prolongación de ambos conatos encontramos a Sender, que funda a Dios en su inexistencia como Ser y en la necesidad que de Él tiene el ser humano en su interior y en sociedad, tanto que no puede menos que darle virtual existencia, siquiera sea como inspiración espiritual y aspiración de vuelo.

Todo esto y mucho más es lo que se puede aquilatar, inferir y propiciar en inacabables reflexiones en todo lector de esta biografía que tiene por objeto una vida desbordante de aventura espiritual y por sujeto un atentísimo albacea de esa rica herencia del genio. ¿He dicho «genio»? Escalofríos y cabezadas. Pero, bueno, si aplico aquí mi definición de genio, santo y héroe: los que llevan su talento, su generosidad y su valor, respectivamente, hasta sus últimas consecuencias, ¿no es lo que ha hecho Sender con su talento: llevarlo hasta las últimas consecuencias? Hay quien cree que hasta ha dejado de ser buen padre por resguardar su talento. Yo no lo creo, y Vived lo explica muy bien y yo aún añadiría un factor que me parece de lo más importante: el hecho de encontrarse en un país extranjero. Seguro estoy de que en España no habría ocurrido semejante separación tan prolongada entre padre e hijos.

Pues bien, volviendo a lo de ejercer el talento hasta las últimas consecuencias, ¿sabéis de alguien que se haya entregado a su profesión y devoción de escritor con

<sup>2</sup> Respuesta a mi pregunta sobre el estilo en el cuestionario al que le sometí al emprender mi tesis doctoral sobre el escritor y su obra, que acabó titulándose «*Imán*» y la novela histórica de Ramón J. Sender. *Primera incursión en el realismo mágico senderiano*, Zaandijk, J. Heijnis, 1968; 2ª ed., Londres, Tamesis, 1971, con prólogo del mismo Sender.

la intensidad y persistencia de Sender? Si por un lado ha merecido el remoquete de «grafómano», por el otro se le ha tachado de descomprometido a partir de sus 37 años. ¿Por qué? Precisamente porque ha desoído las sirenas del compromiso partidista para darse por entero a su sagrado deber de escritor. Y eso venciendo frustraciones tremendas, contratiempos históricos y querencias de más fácil convivencia y holgura económica.

Por lo que respecta a si es o no un genio, ¿qué más da? Cada lector, que lo admire como quiera. Lo único importante es eso: que lo admire, que le caiga ameno y enriquezca su espíritu. Eso del genio aún es más dispensable que el no haberle dado el Nobel. Sin importancia. Yo estoy seguro de que Sender tiene sustancia literaria para enriquecer espiritualmente a muchos millones de personas. Y leyendo la *Biografía* de Vived os convenceréis. ¡Gracias, Jesús amigo, por este gran servicio que le has hecho a nuestro paisano universal!